

# Cambio de piel

Juan José Cabedo Torres

Marzo de 2007

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

Supongo que debía haber sospechado algo raro la primera vez que fui a la casa, pero la verdad es que soy bastante despistado. Subí las escaleras canturreando una habanera o una de Lole y Manuel, ya no me acuerdo con claridad, introduje la llave en la cerradura y giré con decisión la mano hacia la derecha mientras levantaba la hoja de la puerta tirando del pomo. Así es como decía mi cuñado que había que hacerlo. Al menos así estaba escrito en las instrucciones que me había dado en un papel con notas a pie de página y letra pequeña en la parte de atrás. Lo busqué para releerlo y lo encontré arrugado en el bolsillo trasero del pantalón. Yo creo que había un esquema y todo. Desde luego estaba escrito con tinta de varios colores. Volví a estudiarlo y reinicié las maniobras, que es lo que recomiendan los técnicos informáticos cuando algo no funciona en el ordenador, pero aquella puerta, por mucho que la reiniciara, no se abría.

Bajé a telefonar a una cabina. No tengo nada en contra de los móviles, pero me habían robado el mío en el metro y todavía no lo había repuesto. Localicé a mi cuñado en el despacho. La secretaria me hizo esperar un buen rato, pero tuvo la deferencia de ponerme una y otra vez una versión para xilófono y piano de Yellow submarine. Detesto a los Beatles, que no dejan de ser unos pijos edulcorados, buenos hijos, buenos esposos, buenos padres, por mucha rebeldía que uno quiera ponerles, así que contraataqué con una copla de la Jurado, “Como una ola”, o “Hace tiempo que no siento nada al hacerlo contigo”, una de las dos. Estaba a punto de perder la batalla musical (no se puede competir con una máquina que nunca se cansa de reiniciarse una y otra vez) cuando por fin se puso mi cuñado y le expliqué la situación.

Ya sé que es una batalla perdida, pero de vez en cuando intento convertir la vida en una experiencia científica. Me mueve el afán de vivirla con exactitud, y con este mismo afán, cuando me acuerdo, me pongo a cronometrar algunos fenómenos. Se asombrarían de saber cuánto se demora el semáforo en cada color, o cuántos segundos invierte una naranja en llegar al suelo desde el noveno piso. Esta vez cronometré el silencio de mi cuñado, y fueron treinta y dos segundos. Esto me dio una idea bastante clara de su grado de irritación. Es fácil cronometrar el silencio ajeno con un reloj de pulsera. Lo que ya no es tan sencillo es interpretarlo científicamente, así que eché mano de mi intuición y lo interpreté a mi manera. Aquel silencio, además de irradiar cabreo, proclamaba mi inutilidad a los cuatro vientos, o al menos a los cuatro mamparos de su oficina.

La verdad es que mi cuñado nunca ha tenido un buen concepto de mí. Tampoco yo de él, eso también es verdad, así que estamos empatados. Al cabo de los treinta y dos segundos hizo un verdadero esfuerzo de contención, que le agradecí en el alma, y con una calma forzada que desprendía el tufillo paternalista del que se ha educado en los Escolapios, que es el mismo tufillo que desprende el que cree que está perdiendo su valioso tiempo con un idiota, me pidió que le repitiera sus instrucciones. Por un instante me sentí como el niño al que sacan a la pizarra y no se sabe la lección. Es el problema de no controlar las emociones. Las mías, a pesar de la medicación, poseen un músculo que se dispara por su cuenta en el momento más inoportuno.

Con el auricular en la oreja, sufrí una regresión. Pensé en la cantidad de sesiones de psiquiatra que me podría ahorrar si hablara más a menudo con mi cuñado y eché la cuenta. A sesenta euros la terapia me salía un pastón. Al fin y al cabo lo que hace la psiquiatra es lo que consigue sin esfuerzo mi cuñado: que regrese una y otra vez a mi infancia. Yo le digo a la psiquiatra que ya he vivido suficiente tiempo en esos barrios, que no me ha gustado el vecindario y que por lo tanto no me apetece nada regresar, pero ella insiste en que la curación se produce siempre a través del dolor. En fin. Teorías. Yo contraataco argumentando que si mi infancia hubiera sido paradisiaca, me habría quedado en ella, como Peter Pan y Wendy, que dicho sea de paso, siempre me han parecido un par de gilipollas voladores, y ya se sabe que si los gilipollas volaran estaríamos siempre a la sombra. Si el Peter y la Wendy se juntaran con el Principito, la cosa sería de mear y no echar ni gota. Dice mi psiquiatra que soy un recalitrante y que con esa actitud nunca me curaré, pero yo creo que no sabe lo que significa ese adjetivo que me aplica tan a la ligera. Aquí entre nosotros me parece que la que está deseando regresar a la infancia es ella, pero no se atreve. Se pasa el día buscando pardillos a quienes mandar por delante para desbrozar la senda. Luego, cuando esté despejada, irá ella en litera, como las reina.

Mi cuñado hablaba al otro lado de la línea, lo que así dicho queda bastante anticuado en un mundo en el que todo es inalámbrico, pero qué quieren, soy un clásico. Conforme él hablaba yo me iba haciendo pequeño, o el auricular más grande, nunca se sabe. No sé cuál sería el pecado del increíble hombre menguante, ya saben, ése que en la peli atraviesa una nube que le deja perdido de purpurina y al poco empieza a hacerse pequeño. Lo bueno es que el proceso se produce de forma proporcionada. Mucho peor sería que se te redujera sólo la cabeza, o el torso, y que el resto del cuerpo permaneciera del mismo tamaño. Es posible que su único pecado fuera haber nacido en la era nuclear. Esto de la culpa es muy misterioso. Muchas veces no es que hayas hecho nada, sino que Dios te elige para alguna misión. En el caso del increíble hombre menguante parece que Dios lo elige para transmitir a los hombres la idea de que las estrellas y las briznas de hierba son la misma cosa. Esto simplifica bastante el asunto, pues cuando flipas lo mismo con una molécula de cuarzo que con la Cabellera de Berenice, llegas a la conclusión de que todo es vida, y si todo es vida, Dios está lo mismo en los espacios siderales y en las cubetas del fregadero. Eso suponiendo que esté en algún sitio, que la cosa no está clara. No sé. Al final de la película me pierdo un poco y no sé si las últimas frases son muy profundas o muy tópicas. Me pasa con frecuencia. Leo por ejemplo “El mar, sólo un punto” y no sé si es un hallazgo genial del minimalismo o la estupidez que segrega un cerebro demasiado cargado de ginebra al atardecer, que es la hora más adecuada para beber ginebra. En cuanto a mi pecado, ése que me vuelve pequeño y transparente ante cretinos como mi cuñado, si alguna vez ha habido alguno, ha debido ser muy terrible, pero muy fácil de olvidar. Yo, desde luego, no recuerdo qué es lo que me lleva a estimarme tan poco y a pensar que he sido yo quien ha roto el jarrón del pelotazo, aunque no me guste el fútbol. Además, cuando se rompió el dichoso jarrón, ni siquiera estaba en casa. El caso es que en cuanto cualquier gilipollas le-

vanta un poco la voz yo lo que quiero es desintegrarme.

Yo me hacía pequeño o el auricular crecía, o a lo mejor los dos procesos ocurrían a un tiempo. Esta última opción es la pragmática. Personalmente detesto el pragmatismo y a esa gente que se tira a la piscina pensando que lo importante es nadar y guardar la ropa. Es obvio que si das las dos respuestas, que son, en definitiva, las posibilidades que te abre la mayoría de las preguntas, nunca te equivocas. Es como comprar todos los números de la rifa, pintar con todos los colores y odiar lo que deseas. Pero la vida es riesgo y la libertad lleva incluido el miedo a equivocarse. A mí eso del pragmatismo y su primo hermano el justo medio me ha parecido siempre una mariconada: actitudes de gentes pusilánimes. Lo que sí es cierto es que vivimos en un mundo en el que la perspectiva puede falsear la verdad, así que hay que andarse con ojo. Al menos yo lo hago. Lo cóncavo es cóncavo, pero si uno se fija mejor es convexo, o cóncavo y convexo al mismo tiempo, pero la diplomacia y la negociación nunca han sido mi fuerte. Me gusta más la radicalidad que supone tirar por el camino de en medio, y seguramente por eso tengo pocos amigos. De hecho Hemingway se ponía ciego de mojitos en una bodeguita que estaba en medio de alguna parte, supongo que en medio de La Habana. Lo de templar gaitas y manejar la mano izquierda no es lo mío. En realidad yo tengo dos manos derechas. Con estos mimbres se pueden imaginar lo difícil que me resultaba aguantar el rollo de mi cuñado.

Todo esto, que ocupa tantas palabras, pasó por mi cabeza en un instante. La regresión a la infancia vino acompañada de fenómenos extraños. A los quince segundos de monólogo el jersey de cuello vuelto que me había puesto aquella mañana había desaparecido y en su lugar se había instalado un babi azul con unas finas rayas blancas. No me pregunten de dónde había salido porque, que yo recuerde, nunca he llevado babi, ni siquiera en el parvulario. A lo mejor en mi regreso a la infancia me crucé con alguien que también estaba regresando, o que regresaba de la regresión a su condición de adulto. Hay gente con la que te cruzas y nunca sabes si va o viene. La fama la tienen los gallegos, pero los conozco de todas las regiones y de todos los países. A lo mejor nos habíamos chocado y con el impacto se habían trocado nuestras prendas. Ni idea. Lo que sí es seguro es que mientras escuchaba me miré las manos y suspiré aliviado. Al menos ellas seguían siendo las manos de un adulto cuyas articulaciones empezaban a deformarse por la artrosis, o el reuma, o simplemente por el flujo del tiempo. A los treinta y dos segundos era un adulto diminuto con pantalones cortos y manos enormes, como los que salen en los sueños.

A mi cuñado se le da bien eso de elaborar instrucciones y reglamentos, y se ufana de ello. Posee una mente ordenada capaz de hacerte rico en poco tiempo, si la enfocas a las inversiones de bolsa o a la especulación inmobiliaria. Como soy incapaz de conformarme con ganar dinero, me lo imagino con forma de queso y me fijo sólo en los agujeros. Es lo que nos queda a los pobres, la imaginación, el resentimiento y el derecho al pataleo.

Es cierto que mi cuñado sabe cómo amasar la pasta, me digo en secreto. Para él el dinero es como plastilina con la que moldea un chalet en Valdemorillo

o un BMW de alguna serie, la siete, creo. Luego sopla los objetos y les da vida , pero por mucho que sople es incapaz de percibir la modulación musical de los cuadros de Kandinski. Chúpate ésa. No estoy muy seguro de que lo de la modulación musical sea algo que exista en los cuadros de Kandinski, al menos que exista con la contundencia del BMW, pero en el caso de existir, desde luego mi cuñado está incapacitado para percibirla. Aquí el que no se consuela es porque no quiere.

En cualquier caso, Dios los cría y ellos se juntan. La verdad del refrán se constata cuando conoces a su mujer, mi hermana, una rubia con mechas cuyo único problema es llevar en el bolso una tarjeta con crédito suficiente para ir de compras. Ya me gustaría a mí disponer de una única preocupación y de una sola actividad. Simplificaría enormemente las cosas, pero me temo que, en mi caso, la vida presenta un tejido algo más complejo. Mi hermana, como su marido, tienen una calculadora en el pecho que les bombea dinero y cotizaciones bursátiles hasta los rincones más apartados de su cuerpo. Esto les exime de bregar con los sentimientos, que siempre son un incordio.

Mi hermana simplifica. A mi hermana Kandinski le trae al fresco, también Stravinski, y Dostoyevski, y sospecho que cualquier artista en cuyo nombre haya una k y que encima acabe en i. Ninguna de sus amistades tiene un apellido que acabe en i. No es elegante ni fashion. En cuanto a los artistas, como mucho traga con Sorolla y con don Julio Romero de Torres, siempre que decoren las paredes de un acto social donde se bebe manzanilla de Sanlúcar y se come jamón de Guijuelo. Pero a mi hermana lo que de verdad le humedece la entrepierna es la estética de las tiendas de marca de la calle Serrano. De tales palos esta vez han salido astillas muy similares. Sus hijos –dos, un niño y una niña, los dos ideales como un abrecartas de Musgo,- parecen diseñados para anunciar un colegio bilingüe de los que proliferan como setas tras las lluvias de primavera en la carretera de La Coruña.

Un día me invitaron a comer en su chalet de Valdemorillo y se me ocurrió comentar que el cielo estaba tan azul que parecía música. Recuerdo que estábamos en la terraza orientada al Poniente. Mi hermana detuvo un instante el tránsito de una cigala recién pelada que hacía juego con sus dientes recién blanqueados y miró con reojo cómplice a su marido, que se limitó a servir más vino, un chardonnay de Rueda que estaba realmente bueno.

Volviendo a lo del piso, que me disperso, fui obediente y recité punto por punto las instrucciones para abrir la puerta. Debo confesar que las estaba leyendo en la chuleta que tenía ante mí, pero las leí con un aire bastante espontáneo. Estuve a punto de decirle que no me había dado instrucciones para subir las escaleras, ya saben, a veces el espacio se pliega de forma extraña, un plano vertical y otro horizontal enlazados por la arista. En los planos horizontales se colocan alternativamente esos extremos del cuerpo que permiten que la cadera llegue al suelo y que los humanos envolvemos en cuero, en gamuza, en tela o en plástico, como si nos avergonzásemos de ellos. Estuve a punto de decirle que esa deficiencia en sus instrucciones me había causado ciertos problemas, pues el primer tramo lo había subido dando saltitos con los dos pies juntos, más que nada por falta de información, pero me contuve. Mi cuñado carece de sentido del humor y ade-

más tampoco era el momento propicio para ironías, así que me limité a concluir mi exposición y me puse a la escucha. Al otro lado, de nuevo, sólo había silencio. Silencio de palabras, me refiero. Al fondo, a la derecha, suponiendo que el silencio tenga tres dimensiones, me pareció percibir una sinfonía de Mozart, probablemente la 40. Debería crear una comisión de personas sensatas para impedir que se utilice a Wolfrang en las oficinas y a Wagner en los campos de exterminio.

No suelo pensar mucho en el mundo así en abstracto, pero mi cabeza funciona en automático y a veces le da por visualizar lo que no tiene forma. Entonces veo que vivimos en un mundo en el que todo se cruza y se entretreje: las personas, los recuerdos, los sueños. Cada cruce genera intersecciones insospechadas y misteriosas posibilidades. Yo creo que eso del miedo a la libertad del que les hablaba antes tiene que ver con esto: llegas a un cruce, tiras a la izquierda, todo es muy bonito y luminoso, pero en algún momento te preguntas a qué habrás renunciado por no tirar a la derecha.

No asocio la música con mi cuñado, así que pensé que podría tratarse de un cruce de líneas, alguien que hablaba desde Salzburgo, por ejemplo, donde Mozart emana de las montañas como una niebla de febrero, aunque hay que tener cuidado, porque de esas mismas montañas también emana Julie Andrews cantando como un ruiseñor en un prado. En un momento del silencio me pareció escuchar a lo lejos el tañido de una campana, pero ese sonido seguramente estaba en mi cabeza. Ya se sabe que cuando doblan las campanas siempre lo hacen por uno mismo. Recé para que aquel tañido no fuera un presagio de muerte.

—Todo es correcto, salvo por un detalle, —dijo por fin la voz.— Cuando metas la llave, sujétala con un palillo antes de girarla.

Le di las gracias y regresé al piso. Repetí la operación sin olvidar sujetar la llave con el palillo que me prestaron en el bar de la esquina, y tras algunas vacilaciones, conseguí abrir la puerta.

Era la primera vez que iba solo desde que había comprado el piso. En las otras visitas había acudido acompañado de mi hermana o de su marido, y una vez habíamos ido los tres, como si realmente estuviéramos bien avenidos. Es lo que tiene la buena educación, que puedes simular casi cualquier sentimiento. No sé si tiene que ver la circunstancia, me refiero a lo de ir solo, pero esta vez, en cuanto toqué el picaporte para cerrar la puerta me estremeció una descarga eléctrica.

La casa estaba vacía y el sol del poniente amarilleaba la atmósfera. Era hermoso. Unos minutos más y todo sería naranja, como en los atardeceres de Van Gogh. Me asomé a la terraza y observé el horizonte. Los tejados de las casas se sucedían hasta donde alcanzaba la mirada, y una maraña de antenas y de cables mostraba el otro lado de la vida de las personas, suponiendo que la vida de las personas tenga un lado distinto del aparente. En mí este asunto, como todos, va por días. A veces, sobre todo los martes, pienso que no existe más que el mundo visible, y que no hay más cera que la que arde. En otras ocasiones, sobre todo los viernes, siento que el mundo visible no es más que la mitad de la vida,

que funciona como los espejos: un eje de simetría, un lado recto y otro inverso.

A veces creo que sigo conservando la imaginación infantil que me llevaba a pensar que en el interior de las cosas se encerraba siempre un gran secreto. Probablemente en una caja vacía sólo hay aire, pero yo miro por el agujero y tiendo a ver el cordero de mis sueños; probablemente en el interior de las personas sólo hay más persona, es decir, más de lo mismo, sólo que en forma de órganos y tegumentos, pero yo me imagino vericuetos intrincados y unos temperamentos fascinantes que sólo existen en mi mente. Por eso suelo preferir como interlocutores a los muertos que han escrito libros. Son menos problemáticos. Cuando leo a Schopenhauer, por ejemplo, sé que lo que ha vertido en esas páginas es su verdadero interior. Sin trampas ni ambages. Allí está todo, negro sobre blanco, inalterable, sincero, auténtico. Uno le engaña al casero, a la novia, al jefe, pero no a la hoja en blanco.

Con el mundo sensible pasa algo parecido. Puedo presentir que lo que veo es reflejo de lo que no veo y que lo invisible, lo que hay más allá de la memoria y de los límites de la percepción es la verdadera, vida que se deshilacha en jirones de niebla. Entonces, de cuando en cuando, en el parque, en el autobús, en la cola de la pescadería, percibo destellos del cielo del que he caído. Otras veces, cuando necesito sentirme seguro o cuando quiero reafirmarme a mí mismo, pienso lo que veo es todo lo que hay, y que todo eso del mundo invisible no son más que patrañas de viejas hilando alrededor del fuego. La elección, como siempre, va en el gusto del consumidor. Hay quien necesita creer que es un ángel que se ha caído del nido antes de aprender a volar y quien prefiere ser un conglomerado de productos químicos en el que predomina el carbono. Lo que está claro es que, te pongas como te pongas, la vida es una experiencia solitaria que uno puede vivir en soledad o rodeado de gente. Eso también va en gustos.

Sea como fuere la cosa, yo miré los tejados y pensé que esos cables que enmarañan las azoteas son para la mayoría de las personas su único contacto con el exterior. Me fijé en la fachada de la casa de enfrente. Las ventanas se abrían al mundo con regularidad de colmena y tras ellas casi todos los habitantes veían la tele, ese ojo electrónico que vigila la intimidad de los hogares, pues en definitiva la tele es la que nos ve a nosotros, pero esto no es algo que pueda ir diciendo alegremente por ahí. En cualquier caso yo, por si las moscas, hace tiempo que he prescindido de ese electrodoméstico.

Resistí el efecto hipnótico de las pantallas diminutas y dejé vagar la mirada a su antojo. Alguien había colocado un acuario en la terraza del ático donde nadaba con parsimonia un enorme pez marrón oscuro que parecía acariciar el agua con sus aletas largas y sedosas.

Siempre he vivido en casas alquiladas. Me gusta la sensación de provisionalidad y el cosquilleo que produce la incertidumbre. Hay incertidumbres muy novelescas, pero la de vivir alquilado consiste simplemente en saber si el mes que viene te va a llegar el dinero para pagar la renta. No es mucho, pero es lo que hay. A veces, cuando era más joven, debía optar a mitad de mes entre comer o pagar el alquiler.

La verdad es que siempre he vivido en casas alquiladas porque nunca me

ha llegado para los plazos de la hipoteca ni para la letra pequeña de los créditos, pero me gusta disfrazar la realidad, adornarla un poco con el noble fin de que no parezca tan cruel y descarnada. Yo, de haber sido la zorra de la fábula, habría elaborado una lista de catorce o quince razones, todas ellas de mucho peso, por las que en realidad no me apetecía comer fruta, y le demostraría a cualquiera que pasara por allí que si me veía dar saltitos era porque me estaba entrenando para las olimpiadas.

Para compensar mi escasa disponibilidad financiera en el terreno inmobiliario siempre me ha gustado pensar que al fin y al cabo Dios es el propietario de la tierra y nos la alquila a los hombres. Es una idea traída por los pelos pero que tiene su lógica, aunque sea una lógica casi calva. Me gustan las ideas desplegables, en las que una cosa lleva a la otra, porque puedes estirar el razonamiento o lo que sea hasta el límite del horizonte. En este caso puedo pensar que el contrato de alquiler de la tierra se firma cuando papá y mamá jadean y gritan como animales en celo y que se extingue con la muerte. En el contrato hay diversas cláusulas, por ejemplo, no hacer obras ni destruir la propiedad, porque entonces la tierra se venga extinguiéndonos, y así todo.

Como les decía la idea de poseer un habitáculo rodeado por todas partes de otros habitáculos más o menos rectangulares e idénticos al mío nunca había entrado en mis planes, más que nada por falta de numerario. En cuanto a lo de poseer, también puedo enrollarme y decir que eso de poseer es bastante relativo. En realidad nunca poseo nada. A lo más que llego es a impedir que los demás utilicen algo que yo estoy usando. La filosofía es muy rentable para justificar esos agujeros financieros con los que tengo que vivir toda mi vida. Habría que verme millonario a ver si seguía pensando igual.

El caso es que me voy haciendo mayor y eso implica que me duelen por las mañanas las lumbares y que mi trabajo de traductor se va estabilizando, y lo de la estabilidad laboral en mi caso ha de entenderse siempre en términos relativos. Para ser justos he de decir que también yo he puesto algo de mi parte. Después de algunos años intentando que me pagaran por traducir a mis escritores favoritos me he especializado en instrucciones de electrodomésticos pequeños. Es lo que pasa con los sueños, que en cuanto chocan con la realidad se ponen de rodillas y se llenan de chatarra. Dicen los filósofos que para ser feliz hay que renunciar a las ambiciones, y eso es lo que yo he hecho, obligado por las circunstancias, pero lo he hecho.

Siempre he vivido en casas alquiladas, pero cuando se fue el inquilino del apartamento donde había vivido mi cuñado antes de casarse, me llamó mi hermana y me dijo:

—Carlos va a vender el piso.

No dijo nada más, pero sé que lo que quería decir con esa frase era “A ver si sientas de una vez la cabeza”. Es lo que ocurre con los hermanos responsables, que suelen ser los que han crecido antes de tiempo, que se pasan la vida mandándote indirectas para que tú las leas entre líneas. En mi opinión los hermanos responsables podrían introducirse las indirectas en el tracto digestivo, por cualquiera de sus extremos.

Dispongo de una gran variedad de obsesiones. La que me genera mi hermana es de intensidad mediana y no me perturba demasiado, lo que en mi caso quiere decir que no estoy todo el rato pensando en ella y deseando que se rompa algún hueso, o que al abrir la ducha le salga ácido en vez de agua. Sólo pienso esas cosas puntualmente y de cuando en cuando. Tiendo a justificar a mi hermana y a pensar que yo soy el culpable de que me trate como me trata. Al fin y al cabo la gente te invade si tú te dejas, y si te dejas es porque te resulta rentable. Pero en el caso de mi hermana la verdad es que tampoco ella lo ha tenido fácil.

Me había propuesto no hablar de la familia, pero me parece que es inevitable. Ya se sabe que la familia suele ser la versión doméstica del infierno, un infierno limitado que funciona con gas natural, pero infierno al fin y al cabo. La mía es como todas: verde por fuera, blanca por dentro. En cuanto a mi hermana, es dos años mayor que yo. Un día nuestra madre bajó a comprar el pan y ya no regresó. Al parecer había descubierto que el frutero encarnaba todos sus sueños y se fugó con él. Supongo que serían sueños sin escombros ni chatarra, y que además el frutero llevaría algún tiempo poniéndole las peras a cuarto, o que al menos tendría el detalle de elegirle los mejores tomates. El caso es que no le volvimos a ver el pelo. Ni al frutero ni a mi madre. Mandó una postal desde Sitges y eso fue todo. En casa quedó un hueco y algunos discos de Rocío Jurado. El hueco ocupaba una zona nebulosa con límites variables entre la cocina y el sofá. Cuando se acercaba noviembre el hueco invadía parte del pasillo, y en Navidad se retiraba a la despensa, donde colgaba de un clavo como un delantal sucio. Yo, si alguna vez me disfrazara de algo, me disfrazaría de noviembre, como el coñac de las botellas. El hueco funcionaba como un agujero negro que succionaba a cualquiera que pasara cerca de su campo gravitatorio, pero a quien acabó abduciendo lentamente fue a mi hermana. Algo se apoderó de ella y la transformó por completo, no sé si el espíritu de mi madre o el hueco propiamente dicho. Yo creo que hasta le cambió la voz y todo. También es cierto que ella se dejó hacer, seguramente porque le iba la marcha. Le cambió la voz y la cara, y se le puso rígido el dedo índice de la mano derecha. Siempre me han sorprendido las manifestaciones externas del miedo, del que todo el mundo huye y al que todo el mundo denuesta, pero que tan útil resulta en la vida. El miedo suele ser lo que impulsa a la gente a echarse hacia delante, y esto lo convierte en un motor en absoluto desdeñable. Todos esos héroes que toman un nido de ametralladoras a pecho descubierto seguramente están muertos de miedo y llenos de estupefactantes. Yo creo que lo que buscan los héroes es que el enemigo les pegue un tiro que ponga fin de una vez por todas a tanta agonía.

En cuanto a mi padre, siempre fue un cero a la izquierda. Cuando su mujer se marchó con el frutero la vida, que tampoco es que hasta ese momento hubiera sido muy intensa y trepidante, se le paralizó en las venas y se le fue desprendiendo a través de la piel, como la costra de una herida. A juzgar por su aspecto, literalmente de alma en pena, el aliento vital nunca regresó a su cuerpo. Quizás es que nunca había estado allí. Hasta el final de sus días su cuerpo deambuló como un fantasma del sillón a la cama y de la cama al sofá. Así que entre el hueco de mi madre y el fantasma de mi padre, aquello parecía la casa de los espíritus, o Poltergeist en un barrio del extrarradio.

–Gracias, Adela, te prometo pensarlo.

Adela, que como pueden suponer es mi hermana, afrontó la desestructuración familiar peleando en dos frentes: por un lado se hizo madre imaginaria antes de tiempo y me adoptó a mí como hijo, y por otro trabajó con ahínco para conseguir escapar de un destino que la condenaba a comprarse ropa en las rebajas y a procrear más hijos de la clase obrera, que, como es bien sabido, sólo posee su capacidad de trabajo y su tiempo, que venden al mejor postor, y su prole, con la que engrasa los engranajes del capitalismo. Esto de desclasarse no es tan fácil como parece, sobre todo si uno va de abajo arriba, pero ella se aplicó a fondo. De arriba abajo parece más fácil. En cualquier caso, la movilidad social depende de la pasta, lo que en cierto modo facilita las cosas. Si dependiera de la calidad humana, o del grado de transparencia del espíritu, o la habilidad para el encaje de bolillos, otro gallo nos cantara.

Como primera medida Adela dejó a su novio del instituto, un buen muchacho que trabajaba en la droguería. Tanto una vuelta a la manzana como una peregrinación a Jerusalén empiezan con un primer paso. Luego viene otro, que en el caso de Adela fue concentrar todos sus esfuerzos en estudiar inglés, que en aquella época todavía era de gran porvenir. Esto en cuanto a los cambios interiores. Por fuera se puso mechas, se maquilló con discreción y clase y aprendió a andar como Tita Cervera. Poco después entró a trabajar en una empresa de cableado de fibra óptica. Debió jugar bien sus cartas, quiero decir que debió manejar con habilidad las zonas húmedas de su cuerpo porque en un par de años se había casado con mi cuñado, que tampoco es que fuera gran cosa, pero a ella le pareció el horizonte de sus sueños, un comercial con pinta de ejecutivo que llevaba camisas azules con los puños y el cuello blancos.

Mi reacción ante las circunstancias familiares, o ante la vida en general fue diferente. Yo, en vez de desclasarme, me hice un rebelde contracultural y aficionado al rock duro, no por la música en sí, sino porque la cerveza y los porros hubieran sido más difíciles de justificar si me hubiera dado por Mahler o por Stockhausen. La verdad es que es un gusto que la vida ofrezca tantas salidas para huir de las situaciones no deseadas. Quizás lo razonable sea enfrentarse a ellas. Lo razonable y lo más fácil. Al menos eso es lo que dice en los libros de autoayuda, pero mi primer impulso siempre es el de la huida. A lo mejor es que todavía no he superado el trauma del destete o simplemente soy un cobarde patológico. A veces me consuelo pensando que la huida también fue el impulso de mi hermana, así que eso de salir de najas a lo mejor es genético, o cromosómico, quién sabe. Sé que no sirve de nada imaginarse un no-futuro, o un ex-futuro, pero a veces juego a lo que pudiera haber sido, pero no es, sobre todo mientras espero que llegue el autobús. Cuando estoy en la parada no sólo me hago preguntas estúpidas, sino que las contesto, lo que es más estúpido todavía. Por ejemplo, en el caso hipotético de que hubiera vivido en una familia normal, tipo la casa de la pradera, ¿me habría dado por lo mismo? La respuesta siempre es incierta, y es que esto del destino es muy misterioso.

Sea como fuere, la realidad es que había llegado a los cuarenta con ese aspecto patético de los adolescentes desalentados a los que se les está poniendo el pelo blanco. Los cuarenta es esa edad mítica en la que dicen que hay que tomar

decisiones, así que me lié la manta a la cabeza y tomé una. Pedí un crédito. En el momento en el que me lo concedieron ingresé en las estadísticas, que básicamente están formadas por aquellos que les deben a los bancos. Esto nos lleva, una vez cerrado el bucle de la memoria, al principio de la historia. Si recuerdan, estaba intentando abrir la puerta de mi nueva casa adquirida en propiedad. Disculpen el rodeo, pero en esta vida todo lo que se mueve lo hace en círculos, incluido el lápiz con el que doy forma a mis pensamientos.

La casa estaba vacía, así que dediqué los días siguientes a llevar lo indispensable: una cama, una mesa, una silla, unos cuantos libros. Soy bastante austero y, como les decía, por no tener, no tengo ni tele. En lo único en que soy excesivo hasta la compulsión es en los libros, aunque he de reconocer que de unos años a esta parte me he moderado bastante. No hay nada como un poco de disciplina. Antes tenía libros por todas partes, y leía unos cuantos a la vez, del orden de once o doce. Una actitud tan irresponsable no me sirvió para aprender nada que no supiera ya, pero sin embargo me mostró sin ambages la cantidad de tonterías que se publican. Los libros imprescindibles, los verdaderamente esenciales, no son muchos. Calculo que están entre cinco y diez. Yo he seleccionado siete, quizás por lo del justo medio, o a lo mejor por el prestigio bíblico del número, o simplemente porque me ha dado la gana. No sé, la verdad. Últimamente he renunciado a eso de encontrarle una razón a todo. Es otra disciplina. Hay cosas que pasan porque sí y ya está. Tengo mis siete libros colocados en orden en la estantería y los leo sistemáticamente una y otra vez. Sólo una página al día. A lo mejor he inventado la lectura circular, o un círculo de lectores que consta de un solo miembro, que se cierra sobre sí mismo como un ouruborus.

Cuando estaba limpiando la cocina encontré debajo del fregadero cinco o seis botellas vacías de ginebra, y en el altillo, detrás de unas mantas, unas cuantas de martini seco. Involuntariamente me acordé de la receta de Churchill para el martini con ginebra: beberse la ginebra mientras se mira fijamente la botella de martini.

Cuando me cansé de limpiar, bajé a la calle. Al cerrar la puerta olvidé tomar precauciones y volvió a darme calambre. No sé si tiene que ver, pero en el descansillo me pareció que alguien me observaba desde una puerta entreabierta, pero atribuí mi susceptibilidad al cansancio.

El martes comí en el bar de la esquina y me subí a casa. Uno de los placeres de trasladarse a un sitio nuevo es descubrir poco a poco el barrio. Descubrí que en el bar de la esquina se comía francamente mal.

Esa tarde tenía previsto arrancar el papel pintado del salón. Alguien, sin duda en un ataque de locura transitoria, había decorado las paredes con motivos geométricos que pretendía representar animales. El resultado era una especie de geometría biológica auténticamente de pesadilla. Los planes son para saltárselos, así que en vez de darle a la espátula humedecí el papel con la brocha, me tumbé en la cama y me puse a soñar. A lo mejor cuando me levantara me encontraba con que los duendecillos habían hecho mi trabajo. Nunca se sabe.

Soñé que caminaba por el borde de un dique con una niña de la mano.

Era una niña de unos nueve años. La había encontrado cerca de una granja rodeada de campos de maíz. Le había ofrecido un peluche geométrico que representaba alguna especie de simio, un orangután de Borneo o un macaco cangrejero, y ahora nos dirigíamos hacia una cabaña, o una caseta, que se recortaba contra el cielo cerca del horizonte. Unas sábanas tendidas flameaban al viento de la tarde. El terreno era completamente llano, y la única elevación a la vista era la torre fina y delicada de una iglesia alrededor de la cual crecía un pueblo envuelto en la bruma. Era otoño, y las nubes pasaban lentamente sobre nosotros. Yo jugaba a adivinar sus formas y se las señalaba con el dedo. Había barcos, grandes cetáceos, peces del abismo, extraños animales de vientres blancos y pardos. Cuando entramos en la cabaña empecé a asustar a la niña. Me sorprendió darme cuenta de que disfrutaba con ello. Cuando me cansé del juego la acerqué a mi regazo y la degollé dulcemente, como si la acariciara. La sangre brotó con limpieza de la herida mientras yo acunaba aquel cuerpo que se iba aligerando de la vida. No estoy muy seguro, pero me parece que mientras sus miembros se aflojaban y su cuerpo se desmadejaba en mi regazo yo canturreaba una nana.

Me desperté empapado en sudor. Era verano y la casa –un ático orientado al Sur– debía estar a cincuenta grados. Me acerqué a la ventana y al tocar la cinta de la persiana recibí otra descarga eléctrica.

Me duché y esperé a que anocheciera. Al salir me encontré a la vecina en el descansillo. Era una señora mayor enlazada a un perro diminuto con una correa elástica que recordaba vagamente un cordón umbilical ennegrecido por el tiempo. Me acordé de nuevo de los cables que nos encadenan a otros seres, y de las cadenas que nos aprisionan, pero también nos conectan con la vida. Mis obsesiones son muy persistentes y vuelven una y otra vez, como el amanecer, como el viento de Poniente, como los plazos de la hipoteca. Si empiezo a ver cables, todo se convierte en un cable durante unos cuantos días. Me consuela pensar que lo mismo le pasaba a Freud, que veía pollas en cualquier cosa alargada, y chochos peludos en los cuencos de fruta. Y eso que tenía estudios.

La mujer y el perrito estaban parados y me observaban. El perro ladró, como era su obligación. Su voz era aguda y entrecortada, y me recordó a un pájaro. Di un paso hacia ambos y me presenté con los tópicos habituales. A pesar de las circunstancias, y de las apariencias, estoy bien educado y soy bastante versátil, lo que me sirve para dar el pego en las situaciones más variadas. Como cualquier superviviente, poseo una asombrosa capacidad de adaptación al medio, lo que me permite mimetizarme extraordinariamente bien. Sin duda es una habilidad de depredador que me permite pasar desapercibido y atacar en el momento justo, o a lo mejor es simplemente mi táctica para ser aceptado.

Me presenté con las frases habituales porque, además, me encantan los tópicos. No todo el tiempo, claro, sólo para un rato. Los que me han llamado la atención a lo largo de mi vida los he anotado cuidadosamente en una libreta. Cuestión de disciplina. Tengo una verdadera colección. Los tópicos me gustan, entre otras cosas, por su practicidad. En casi todas las ocasiones evitan que la situación se vuelva incómoda, y además alivian de la necesidad de pensar. Parece que cuando los usas la vida se vuelve una experiencia previsible y sin sorpresas.

–Buenas tardes, señora, –dije, y le tendí la mano–. Mi nombre es M. Soy

el nuevo vecino. Si necesita algo, un poco de sal, un rato de conversación, un masaje cardiaco, estoy a su entera disposición. Qué perro tan simpático, ¿cómo te llamas, bonito?

Incluso me puse en cuclillas y le acaricié las mandíbulas a aquella cosa peluda y babeante. Ya les digo, tengo una gran capacidad para mimetizarme y dar el pego. Bajamos juntos en el ascensor, que no tenía espejo ni hilo musical, hablamos del calor y nos despedimos en el portal.

Recuerdo que había quedado con Luisa. Me estaba esperando en la salida del metro. La vi desde lejos entre la gente que emergía de las escaleras como si despertara de un sueño y sentí cómo crecía su pelo hasta que las puntas de su cabellera me acariciaron el corazón. Mientras caminaba hacia ella sentí que la acera se volvía gelatinosa y que yo me iba hundiendo en el cemento. Era una gelatina transparente, y al mirar hacia arriba vi las suelas de los transeúntes. Los zapatos, como los perros, se suelen contaminar de la personalidad de sus amos. Pensé que la gente busca cualquier cosa en la que proyectarse: un coche, una casa, unos zapatos, unos ideales. Se proyectan y se identifican. Soy mi trabajo, –se dicen–, soy mis pantalones de marca, soy el libro que he leído. Soy cualquier cosa con tal de nos ser yo. Todos los trucos son válidos para evitar que el corazón se tope con el original del alma, semienterrada entre los escombros que genera el roce con la vida. A mí, por mi parte, a veces me da por pensar que tengo una cabeza de cristal y que la gente con la que me cruzo ve lo que hay dentro, pero no es cierto, no es cierto, no es cierto. Me repito la frase unas cuantas veces hasta que se me pasa. Es lo que me ha dicho mi psiquiatra que haga.

Acaricié la nuca de Luisa y ella me lo agradeció con un beso. Caminamos hasta la Glorieta Elíptica y no pude evitar pensar que alguien observaba nuestras suelas desde el subsuelo. Cenamos –es un decir– en el MacDonals y subimos al piso. Hicimos el amor con la pasión habitual, que en nuestro caso es superior a la media, y nos quedamos dormidos. Algunas veces sueño con animales imaginarios que me arrancan los ojos, pero esta vez el sueño reproducía una experiencia de lo más cotidiano. Abrazado a Luisa soñé que se habían acabado las bebidas y que bajaba al supermercado a comprarlas. El súper estaba cerrado y en la tienda de los chinos había un cartel, en chino, que decía “Cerrado por defunción”. Un pensamiento cruzó fugazmente mi sueño y recuerdo que fui consciente de que era un pensamiento soñado. Recuerdo haber pensado lo ventajoso que era disponer del don de lenguas, aunque fuera de lenguas oníricas. Caminé por las calles desiertas durante un rato. Todos los bares tenían el cierre echado. En el cielo flotaba la luz intermedia del crepúsculo y ese aire melancólico que desprenden los muros de hormigón cuando las nubes de febrero proyectan en ellos sus sombras como una segunda piel de derrota y desesperanza. Por fin encontré una bodega abierta. Me senté en el mostrador de zinc y le tendí dos cascos al bodeguero. Lo que más destacaba en su persona era el vientre abultado bajo el delantal sucio. Todas las líneas de la cara apuntaban hacia abajo, como un emblema del desánimo. Probablemente había sido alegre y animoso alguna vez, pero su alegría había huido por el desagüe del fregadero junto con el agua sucia donde enjuagaba los cascos. Su rostro carnoso recordaba un solomillo, y palpitaba, suponiendo que alguien sea capaz de imaginar un solomillo palpitante. Tenía un lápiz en la

oreja y una colilla apagada en la comisura de los labios.

El hombre enjuagó las botellas en la pila y las llenó hasta el cuello del vino de una cuba que decía “Valdepeñas”. El olor del serrín mezclado con los vapores del alcohol penetraba hasta la pituitaria más profunda de mis recuerdos. Cogí una de las botellas y la apuré de un trago. Entonces me desperté.

Estuve caminado desnudo por la casa como un fantasma. Bebí agua de la nevera y me detuve ante la cama. Luisa yacía desmadejada y desnuda con ese aire de pantera en celo que adoptan las mujeres recién amadas cuando duermen boca abajo. Era hermosa y por un instante me recordó a la muchacha de la que me había enamorado. Le besé las sienes y le acaricié el cuello. A veces me invaden extrañas ideas, como si de repente mi piel ocupara transitoriamente otro cuerpo. Creo que mi cabeza, cuando se vuelve transparente, se hace al tiempo demasiado permeable a las obsesiones ajenas. Esta vez, mientras rozaba con las yemas aquel cuello largo y delgado donde se estrechaba la vida hasta caber en el hueco de una mano –mi mano–, me pregunté qué se sentiría al estrangular el aire de una tráquea. Apreté levemente y Luisa cambió de postura. Un deseo color violeta me bullía en la entrepierna. Encendí el ordenador y me hice una paja con un link de maduras cachondas, o de lolitas viciosas, o de zoofilia, ya no me acuerdo.

A las siete sonó el despertador. Luisa se desperezó y entró en el cuarto de baño. Luego se vistió y se fue al trabajo.

Pasé la mañana traduciendo el folleto de una licuadora. Soy muy disciplinado también en esto, y cuando trabajo despejo regularmente la cabeza con alguna actividad manual. Así mantengo en forma las neuronas. Esta vez aproveché los recreos para ordenar los armarios. Saqué los cajones, que estaban forrados con un papel de ositos y ardillas y encontré detrás más botellas vacías, esta vez de whisky de malta. Volví al trabajo. Cuando dieron las dos salí a comprar una fregona y algunos estropajos. En el portal me crucé con la señora del perro. Me dijo que había hecho un bizcocho.

–Si a usted le gusta puedo darle un trozo. Para mí es demasiado. Además, no quiero engordar, –dijo con un punto de coquetería.

–Muy amable.

Regresé a casa, comí un cous cous precocinado y me puse a limpiar la vitrocerámica. Estaba mirándome en la placa (me gusta dejarla como un espejo) cuando rocé el borde con la mano y me dio otra descarga.

Estuve trabajando toda la tarde y sobre las ocho recordé la invitación de la vecina. Me quité la camiseta, me puse una camisa de manga corta y le quité el polvo a unos zapatos que encontré en una caja. Me miré en el espejo del cuarto de baño y cuando conseguí mi propia aprobación salí al descansillo y toqué el timbre.

La vecina no había tirado nada desde los años sesenta del siglo pasado, o puede que del anterior. Como en una pesadilla, contemplé todos los objetos cotidianos de mi infancia, y en un instante recorrí en camino inverso que enlaza con precisión matemática el momento presente con la primera experiencia grabada

en el sistema de mis emociones. Cuando repaso mis vivencias, aunque sea a la velocidad de la luz, nunca sé con precisión si lo que almacena mi memoria es un recuerdo real o una imagen reconstruida a partir algo que me han contado, o que he visto en un álbum de fotos, pero tengo un truco: si al revivir la experiencia resiento la emoción a la que iba asociada se trata sin duda de una experiencia vivida. Puedo olvidar lo que he vivido, o lo que me han dicho, pero no cómo me he sentido o cómo me han hecho sentir. Eso se me marca a fuego y deja en mí un surco indeleble. Como mi vecina tenía hasta una foto de Massiel en minifalda tuve que practicar el autocontrol, y emplearme a fondo en la respiración zen hasta conseguir la cara de “aquí no pasa nada”.

La conversación fluyó con placidez alrededor del bizcocho y el chocolate a la taza. Era una mujer aficionada al arte, a las caminatas por el campo y a las mariposas. Al menos eso es lo que me dijo. La memoria es un músculo caprichoso, y mientras hablábamos se me representó en la pantalla mental el cuadro de Gutiérrez Solana donde un canónigo merienda en casa de una familia cristiana. No sé por qué me acordé de aquella pintura. Al fin y al cabo no estábamos en provincias, y lo de la España Negra siempre me ha parecido un mito para darle morbo añadido a un país que ya es de por sí suficientemente morboso, o mórbido, nunca he sabido el significado exacto de estas palabras. Además ni estábamos tristes ni yo tenía nada de canónigo. Tampoco de traductor, a pesar de que eso es lo que oficialmente era, un traductor de instrucciones de electrodomésticos que vivía en una casa que daba calambre. Deben valorar mi esfuerzo, porque eso de precisar con exactitud las señas de identidad siempre me ha resultado bastante problemático. Es posible que para mí la vida siga siendo un juego en el que adopto diferentes papeles con una despreocupación que mi hermana denomina inmadurez e inconsciencia.

En lo que a mí respecta puedo ser, en el lapso de unos pocos segundos, pirata, investigador privado, legionario o expresionista abstracto simbiotizado con una botella de whisky. Todo esto sin despeinarme y usando exclusivamente el cerebro, así que, si me lo propongo, también puedo ser un traductor de instrucciones de electrodomésticos.

Mi vecina guardó sus mariposas disecadas y sacó una botella de anís. Me rondaba una intuición por la cabeza y aproveché un silencio para preguntarle por los anteriores inquilinos de la casa eléctrica.

—Eran una pareja de recién casados, —me informó con una locuacidad natural en quien tiene pocas posibilidades para explayarse, y las pocas que tiene son con el perro. A veces discutían. No es que yo me dedique a escuchar, claro, pero las paredes son tan delgadas que se oye todo. Ya se sabe que los oídos no tienen párpados y yo tengo los míos siempre conectados.

Mi vecina se rió de su propia broma y se sirvió otra copa. Luego bajó la voz. Pensé si sería por lo de las paredes delgadas, o a lo mejor el chinchón, tras atravesar el córtex, empezaba a calarle en el compartimiento de las confidencias. Apuré el anís de un trago con la soltura de un remero del Volga que, dicho sea de paso, no sé cómo se las apañan para remar y darle al vodka al mismo tiempo. Casi me decepcionó que no estrellara la copa contra el suelo, pero las debía tener contadas, o a lo mejor eran un regalo de su difunto, que presidía la salita de

estar con un incierto aire de vendedor de seguros. Dicen que lo de estrellar la copa trae buena suerte, sobre todo a los fabricantes de copas. No hay nada como esgrimir la buena suerte para vender escarabajos verdes, o bragas rojas, o uvas en diciembre. En cualquier caso conjurar la buena suerte es un verdadero trabajo, si uno se lo toma en serio. La buena suerte es escurridiza y no se deja conjurar fácilmente. Mientras yo estaba a lo mío, que es darle a la pelota, mi vecina, ajena a mis reflexiones sobre el azar y el destino, continuó con su relato.

Una noche la bronca fue de pronóstico. Él le exigía el débito conyugal y ella empezó a tirarle patatas mientras le amenazaba con marcharse a casa de su madre. Patatas crudas y, por supuesto, sin pelar. A la mañana siguiente me los encontré en el descansillo y me saludaron con amabilidad. Fuera de casa parecían una pareja feliz.

Me acordé de que en las tragedias domésticas los vecinos siempre declaran que él, o ella, era una persona de lo más normal. De casa al trabajo, del trabajo a casa, y los sábados a dar una vuelta por el Centro Comercial. Los vecinos nunca se explican cómo él, o ella, pudo coger la motosierra y trocear cuidadosamente a toda la parentela y luego suicidarse comiéndose todos los yogures caducados de la nevera.

La conversación languidecía y mi vecina la reavivó sacando los álbumes de fotos, donde estaba recogida su vida y la de toda su familia, desde la invención del daguerrotipo hasta el MP4. Como parecía disponer de suficiente ánís como para resistir varios inviernos le hice la visita, o ella a mí, nunca he sabido lo que significa esa frase. Quiero decir que me quedé un rato más. Después de las fotos, que encontré incluso interesantes desde el punto de vista estético e histórico, bailamos el tango con unos viejos discos que sacó del altillo de un armario. La velada terminó con una apasionada conversación sobre cine, tema en el que mi vecina se reveló como una auténtica experta. Le gustaban Dreyer y Orson Wells, dos de mis ídolos, y esto es algo infrecuente. No sé qué hora sería cuando regresé a casa pero entré canturreando una copla de María del Monte, que contaba algo que le había ocurrido entre unos pinos, o a lo mejor eran olivos. La vida, sin duda, es asombrosa, si uno la deja fluir hacia lo inesperado.

Esa noche soñé que me encontraba en la calle con un antiguo compañero de colegio. Estuvimos bebiendo y charlando en una cafetería y al cuarto whisky me invitó a su casa. Se había casado con la chica que a los quince años encarnaba los sueños de toda la pandilla. Consciente de su poder, la muchacha se dedicó durante el bachillerato a estudiar lo justo y a ponernos calientes a todos por turnos. Le encantaba acercarse al pupitre donde te estabas peleando con la Química, o con el Inglés, y con cualquier excusa inocente inclinarse para mostrar el escote, y qué escote, madre mía.

Nos sentamos a la mesa. La mujer estaba en la cocina disponiendo la cena. Me costó reconocerla. Mi amigo trazó sobre un espejo unas rayas de cocaína. Sorbimos los polvos por la nariz y empezamos a cenar. De repente, sin venir a cuento, mi amigo dio un puñetazo en la mesa y empezó a insultar a la parienta. “Culo gordo” y “sucía zorra” fue lo más delicado que le dijo. Ella ocultó el rostro con las manos y sollozó. Yo me levanté y me fui.

Encontré el nombre del antiguo inquilino en el buzón de la casa. Busqué en la guía de teléfono y llamé a los tres o cuatro que se llamaban igual haciéndome pasar por un teleoperador que vendía vinos argentinos a buen precio, o apartamentos en multipropiedad en primera línea de playa, ya no me acuerdo.

Si usted acierta una sencilla pregunta le regalamos un par de botellas de Merlot elaborado en la Patagonia.

Los antiguos inquilinos vivían ahora en un chalet adosado, no lejos de Alcobendas. Pasé algunos días trabajando en unos prospectos de molinillos de café y planchas de vapor que debía entregar con urgencia. La gente necesita saber cómo se usan los aparatos que compra y para qué sirven los distintos botones. Mi trabajo es, en el fondo, un servicio social. Ya se sabe que uno recibe de la vida en la medida en que aporta a ella. Por eso yo soy una especie de ONG, y mi aportación a la vida es facilitar a la humanidad el manejo de una tostadora.

Cuando entregué el trabajo busqué la dirección en un callejero y me dediqué a jugar a los espías. Cuando la vida te da por sí misma pocos alicientes es lícito ayudarla un poco. Además, a los que carecemos de vida propia cualquier existencia ajena nos parece apasionante. Yo miro a los demás y es como si me asomara a ese recuadro en blanco que coloca Rodko en algunos de sus cuadros para que el espectador lo rellene con su propia imaginación. Mi imaginación se extienden hasta el horizonte como esas llanuras que pintaba Dalí en sus buenos tiempos. Sin embargo los delirios se me enroscan como serpientes, y parezco Laconte y sus hijos. Siempre pienso por defecto, como los caracteres de los ordenadores, y tiendo a creer que los demás llevan una existencia trepidante, y que la mía es una mierda, como si Dios me hubiera seleccionado entre millones de seres humanos para putearme. Entonces me asomo a la ventana que los otros tienen en el pecho y veo que todo lo que de miserable y grandioso hay en mí también está en ellos. Es un alivio.

Aparqué el coche que me había prestado un conocido a la entrada de la casa y esperé. Me compré una caja de donuts de distintos colores y un café con leche en vaso de cartón. Esto lo he aprendido de los polis americanos de las películas. No fue muy difícil esbozar los rasgos esenciales de sus vidas. Es la ventaja de la gente poco compleja, que dispone de dos o tres rasgos a lo sumo, todos ellos muy transparentes. Además, tal y como están las cosas, en media hora de la vida de alguien están contenidas todas las experiencias que es capaz de acumular en su paso por la tierra. Por la razón que sea no nos ha tocado una época de explorar montañas, atravesar desfiladeros, cruzar mares, conquistar reinos lejanos y tardar diez años en regresar a casa, que entre que vas, guerreas y vuelves se te pasa rapidísimo. Antes la vida era una experiencia apasionante, y te morías con la sensación de que había merecido la pena. Hoy en día la experiencia más apasionante al alcance de la mayoría es llegar a la décima pantalla de un videojuego. Dicen los que lo han conseguido que cuando llegas no pasa nada. El juego, simplemente se reinicia.

Por fuera parecían una familia bastante feliz, pero por fuera todo el mundo parece eso. Ya se sabe que todas las familias felices se parecen, y que cada una es infeliz a su manera. El episodio de las patatas no había sido suficiente como para romper el matrimonio. Seguramente ellos ya ni se acordaban. El

amor, o el débito conyugal, había dado sus frutos y ahora tenían una hija.

Pasé un par de días anotando sus vidas en mi libreta. La madre llevaba a la niña al colegio y luego quedaba para desayunar con las amigas. Se había puesto mechas, como mi hermana, y se notaba que se machacaba en algún gimnasio. Probablemente también hacía dieta y se inflaba a comer, porque en cuarenta y ocho horas su cuerpo creció y menguó varias veces- O a lo mejor eran las hormonas. Tenía un rollete con el entrenador de Pilates, o de tenis, o de fen sui. Tenía un rollete con algún entrenador en cuyos brazos olvidaba, al menos durante los breves instantes del orgasmo, qué aspecto tenían sus sueños cuando se instalaron en ella.

Él quedaba con los compañeros a la salida del trabajo. Se iban a una cafetería de Rosales, donde los camareros llevan pajarita y las putas son de lujo. Una vez por semana visitaba a su amante, una cantante ligera de la época de la minifalda ya en el ocaso de su carrera y con las turgencias un poco flácidas.

Debo reconocer que me gustó su vida. Esto no es extraño, pues me gusta prácticamente cualquier vida que no sea la mía. Mi cabeza nunca me da un instante de descanso y siempre pienso que la de los demás está mucho mejor amueblada, y aunque la experiencia me muestra una y otra vez que no es cierto, yo me resisto a creerlo. La teoría me la sé al dedillo. Sé que para tener una idea cabal de cómo les va a los otros tendría que caminar unos kilómetros con sus zapatos y penetrar en su interior, quizás por una oreja como la reina Mab, o por las fosas nasales, como un disparo de farlopa, pero yo, a pesar de los años vividos, comparo una y otra vez mi interior turbulento con el exterior plácido de los demás, y nunca acepto que esa placidez fingida no es sino un pobre recurso para exorcizar la desdicha y esa sorda violencia que subyace en los amaneceres de marzo.

Me gustó su vida porque la parte más externa de todas las vidas funciona como los tópicos y las frases hechas: no hay incertidumbres, no hay dudas, no hay sorpresas, y eso es importante para mí, que estoy permanentemente insatisfecho y muerto de miedo. Me gustó tanto que voy a intentar introducirme en ella por algún hueco. No es tan fácil como cambiar de abrigo o cortarme el pelo en una peluquería de diseño, pero lo que me sobra es tiempo. He empezado por algo sencillo. Me siento en mi casa, abro los poros y espero pacientemente que se impregne en mi piel alguna de las formas de existencia que andan flotando por ahí como una niebla. Tengo la teoría de que al vivir te vas desviviendo, y generas una excrecencia que se deposita en las paredes y en los techos. Esto de las teorías funciona como las religiones: se trata de sugestionarte y creértelo. La vida de los antiguos inquilinos está dormida entre los ladrillos, pero si soy capaz de activarla la casa empezará a irradiarla como si fuera una lámpara de rayos UVA. Yo, por mi parte, hago lo que está en mi mano. Por lo pronto me he desprendido de mi forma de ser, más que nada para dejarse espacio a la nueva, así que de momento soy un hueco en el aire a la espera de que venga alguien y me rellene. Pensaba que iba a ser complicado prescindir de mí, pero ha resultado tan sencillo como desabotonar un traje. También he dejado a Luisa, que era una mala influencia, pues se empeñaba una y otra vez en conectarme con la naturaleza, y me he dado a la bebida, no porque me guste especialmente emborrachar-

me, sino para poder guardar las botellas vacías en el altillo de los armarios y debajo del fregadero. Los pequeños detalles son importantes. Otra cosa no, pero a minucioso no me gana nadie. Por las tardes paseo por el Parque del Oeste y luego me tomo un café irlandés en algún garito de Rosales. Me he apuntado a un gimnasio y al anochecer, a la hora del crepúsculo, quemo un par de hojas de mis libros. Es un ritual que me libera de mis viejos hábitos y me muestra que estoy en el camino correcto. Ahora, mientras escribo, apuro mi vermú con ginebra y voy anotando en mi libreta cómo empieza a cambiarme el carácter. En cuanto a la casa, hace días que no da calambre. No sé con qué tiene que ver, pero es un hecho.

*Juan José Cabedo Torres*